

cuadernos de tercera instrucción n° 69

primera semana de agosto de 2023



[Análisis](#)

Patrick Boucheron: “Nuestra historia es más grande que la que exaltan los apóstoles de la grandeza de Francia”

[Patrick Boucheron](#) propos recueillis par [Catherine Portevin](#) publié le 25 juin 2020

El amplio movimiento antiracista que se manifiesta en el mundo entero luego del asesinato de George Floyd marca el regreso de la política, congelada durante el confinamiento. Es la convicción del historiador Patrick Boucheron al que entrevistamos el 20 de junio del año pasado. Para el profesor del

Collège de France, codirector de la imponente “Histoire mondiale de la France” (Seuil, 2017), no se trata de echar por tierra las estatuas sino de recordar que ellas están ahí también para ser discutidas, abigarradas, zarandeadas, cambiadas, diversificadas. Y se indigna contra los que corren a acusar demasiado fácilmente de separatistas a los antirracistas. Un punto de vista matizado pero sin concesiones.

«**No vi venir la ola**, pero cuando surgió, inmediatamente la reconocí. Las manifestaciones contra el racismo y las violencias policiales marcan el regreso de la política. El confinamiento nos obligó a vivir, juntos pero por separado, bajo el reino de lo indiscutible, y así suspendió la política. Congeló el espacio público, bloqueó los movimientos sociales en curso, de la reforma de las pensiones a la revolución feminista. Hoy ¡es el deshielo! Entramos de nuevo en la discusión. En el movimiento antirracista que se ha apoderado de la juventud en eco mundial por la muerte de George Floyd en Minneapolis, y por la coincidencia con el resultado de la contra-experticia en el asunto de la muerte de Adama Traoré en Francia, yo veo ante todo una sed de justicia y de verdad. La demanda es evidente, legítima y deseable. De cierta manera, nos reconforta. Un acontecimiento no siempre es el surgimiento de lo inesperado (las pandemias de Sras-Covid19, a la vez previsibles y desconcertantes). Hay que apreciar en la réplica, la recuperación, la transformación que suscita. En esto, el acontecimiento es siempre lo que surge: “*lo que adviene de lo que emerge*”, como lo decía el historiador de lo contemporáneo [Pierre Laborie](#). Solo vale por la secuencia en la que se inscribe. Si queremos pensar lo que pasó en marzo-junio de 2020, necesitamos recordar el estado en que estábamos la víspera. Reencontramos los problemas allí donde los habíamos dejado, algunos de ellos habiendo sufrido severas regresiones, que quizá serán seguidas de nuevas recuperaciones: por ejemplo, el futuro de la juventud, del planeta, la revolución feminista y la cuestión biopolítica de la desigualdad de las vidas.

“Si nuestra mirada se aguzó por la experiencia de la pandemia, fue haciéndonos más intolerantes con la desigualdad de las vidas”
Patrick Boucheron

Lo inédito con respecto a la historia no es la pandemia sino el consenso indiscutible, y adoptado en un grado de mundialidad nunca alcanzado, sobre el confinamiento de la población. Cuando digo esto no estoy negando la realidad de la pandemia; ese virus provocó muchos muertos, es peligroso y hay que protegerse; lo que estoy diciendo simplemente es que la pandemia no tiene en sí misma un sentido histórico. Lo tiene en las consecuencias que acarrea...

Traducido por Luis Alfonso Paláu, Envigado, co, junio 4 de 2021

LT SÁBADO

• Políticas Identitarias

Élisabeth Roudinesco y las políticas identitarias: “El problema es, en realidad, reunir a todas las izquierdas”

Paula Escobar

16 JUN 2023 09:35 PM



Élisabeth Roudinesco es una historiadora y psicoanalista francesa.

“Las ideas de la extrema derecha han acabado captando, impregnando, a la extrema izquierda. Y eso es el drama. Por eso esta extraordinaria similitud, no simetría, no dije que era la misma cosa. Lo que es característico hoy es que toda la extrema izquierda tiene discursos que, en el fondo, son los mismos que los de la extrema derecha”, plantea esta historiadora y psicoanalista francesa en entrevista con *La Tercera*.

La historiadora Élisabeth Roudinesco, una de las grandes pensadoras francesas, no teme ni a las redes sociales ni a que la critiquen, de lado y lado. Su último libro, *El Yo soberano. Ensayos sobre las derivas identitarias* (ya en librerías chilenas), entra al debate de las llamadas “políticas de identidad”. Ahí, analiza en detalle la genealogía de las teorías

de género y de los estudios decoloniales, critica algunas visiones radicales, pero sin por ello “aprobar de ningún modo las críticas hechas por la derecha dura a esas enseñanzas”.

Autora también del *Diccionario amoroso del psicoanálisis* y de canónicas biografías de Sigmund Freud y de Jacques Lacan, entre otras destacadas obras, Roudinesco es directora de investigaciones de la Universidad de París-VII y también dirige un seminario sobre la historia del psicoanálisis en la École Normale Supérieure. Conversa con **La Tercera** vía Zoom, desde su departamento en París.

¿Cómo puede la izquierda, a su juicio, desarrollar una narrativa que pueda conectarse -como dice usted- con los problemas de las mayorías, los temas de la izquierda tradicional, pero también con el respeto por las minorías? ¿O es incompatible?

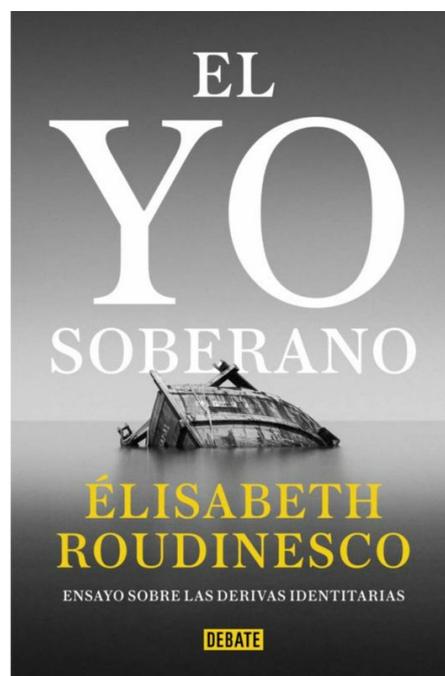
No, no es incompatible. Tenemos exactamente el mismo problema en Francia y en Europa. Con la cuestión de las derivas identitarias, tenemos una extrema derecha que peligrosamente se despliega en todos lados. Y aquello no es una deriva, es fascismo, es el peligro de la extrema derecha. Y, por el otro lado, tenemos una izquierda que se ha extremado, que no es socialdemócrata. Entonces, el problema es, en realidad, reunir a todas las izquierdas. La extrema izquierda es una deriva y se ha agarrado de cuestiones identitarias, a detrimento de una visión más amplia y más clásica de la izquierda, que es la de relacionarse con los problemas políticos, económicos y sociales. Por lo tanto, hay que criticar las derivas identitarias. Y creo que es la única solución; incluso, para todos los que reclaman por sus identidades. Lo hemos hecho muy bien para el feminismo, para los debates y las cuestiones relacionadas con la emancipación de los homosexuales. Ustedes tienen una ley que permite el matrimonio igualitario, tal como en nuestro país. Yo estoy a favor de todas estas medidas. Pero enfrentamos una regresión identitaria, que es mundial, que es evidentemente minoritaria, pero que es peligrosa en sus reivindicaciones, diría que es casi corporativista. Y eso impide una unión de las izquierdas. Por supuesto que el proyecto es hacer eso, pero hay que encontrar un compromiso posible.

¿Cuál es el problema con reivindicar el género o la raza?

En cuanto a las derivas identitarias, ya sea en el plano de la cuestión de la raza o del género, hay, sin duda, una regresión. Cuando una persona se reivindica de una raza, que pretende ser de una raza contra otra, que pretende ser de la raza negra contra la raza blanca, o la raza blanca contra la raza negra -es lo que se llama cuando las personas se dicen racizadas-, se repiten los vocabularios de los dominadores contra ellos, de los que los han explotado. Así que es un trabajo el recuperar que estas minorías no sean discriminadas, pero que se reúnan a un proyecto colectivo para la izquierda.

¿Cómo caracteriza usted la deriva identitaria de la izquierda?

Se caracteriza por rehusar a dialogar, una política de cultura de cancelación, una política de revisión de la historia, una política de arrepentimiento. Puedo darle un ejemplo. Yo pertenezco a Francia, fuimos un país colonialista, con un imperio, como Reino Unido, eso es evidente. Pero también había en estos países, y es lo que muestro en mi libro, fuerzas anticolonialistas. Yo, personalmente, que vengo de un medio anticolonialista, de mis padres y mío, no puedo aceptar que me pregunten si me arrepiento del colonialismo, porque nunca lo fuimos. En otras palabras, en todos los países hay fuerzas antagónicas, por lo que no podemos reprochar a alguien por ser blanco, por ser colonialista, siendo que no lo ha sido. Y los países que han sido colonialistas son también los países democráticos en los que existía una oposición al colonialismo. Esa es la deriva: es llevar a cada individuo a una sola posición. Como si no hubiera existido anticolonialismo, como si no hubiera existido antirracismo, y que en tanto blancos todos hayan sido forzosamente hostiles a los negros.



¿Hay una diferencia entre lo que podría ser una versión exagerada de políticas identitarias y una forma de promover y respetar los derechos de las minorías que no tiene nada de exagerado?

¡Hablas de alguien que ha pasado su vida sosteniendo eso! Yo he apoyado, he firmado por todos los movimientos (antidiscriminación) y aquí me encuentro, a menudo acusada de no serlo... No me acusan de ser homofóbica, eso no sería posible, ya que fui la primera en apoyar el matrimonio homosexual. Pero, por ejemplo, cuando dije que no estaba de acuerdo con la evolución de los movimientos anticolonialistas que pretendían la no mixidad -que es muy minoritario, de acuerdo- me reprochan no aceptar la idea de asignarme a una posición racial. ¿Pero existe la raza? No, la raza no existe, es un tema de pigmentación. Y, por otro lado, eso alimenta a la extrema derecha, porque luego de nuevo lucha contra todos los movimientos antirracistas. Así que hay que encontrar una solución. Aunque todos estos movimientos son extremadamente minoritarios, sus exageraciones benefician a sus enemigos, es decir, a la extrema derecha.

Ese es el problema que especialmente Mark Lilla describió en su libro *El Retorno Liberal*, una reflexión sobre Donald Trump y cómo llegó a la Casa Blanca. Pero ahora está Joe Biden, de corte socialdemócrata, no parte de una deriva identitaria, podría decirse, pero Trump será candidato.

Biden es un socialdemócrata, es muy centrista. Yo votaría por Biden, lo quisiera como Presidente en Francia... Después de la caída del Muro de Berlín, es decir, después del fin del comunismo real, del fracaso radical del sistema comunista, hay una subida de la extrema derecha nacionalista, populista. Eso es evidente y es grave. Si queremos luchar contra eso, tenemos que lograr una unidad. Y esta unidad no se formará con el extremismo que alimenta, de alguna manera, a la extrema derecha. Usted sabe muy bien que Trump fue elegido por las clases populares. Es decir, contra sí mismas eligieron a un millonario ultraliberal. Son clases pobres, son personas que van a ser explotadas. ¿Por qué votaron por Trump, es decir, por lo contrario de quien podría representarlos? Sabemos por las encuestas que es porque tienen terror de la desaparición suya, de los blancos ¡Pero eso es un fantasma! No habrá desaparición de nada, de nada. Es interesante, ¿qué es lo que domina en Estados Unidos? El mestizaje, que sólo debíamos celebrarlo, nada es mejor que la mezcla. Yo apoyo el mestizaje, es decir, el derecho a salir de su comunidad, el mestizaje en el sentido amplio, porque la raza científicamente no existe: hay racismo, pero no hay razas. Es este modelo norteamericano de *melting pot*. Es un fantasma creer en la pureza del color. Mire la gran diferencia a partir del momento en que los pueblos se mezclan, es una gran fuerza. ¿Qué soy yo? Soy hija de inmigrantes. Me dicen que sí, pero hija de inmigrantes de Europa... Quizás. Pero, en fin, hija de inmigrantes judíos, en el medio de la guerra, no se aceptaba muy bien por los “buenos franceses”. Hoy en día, a los árabes, a los negros, los aceptan mal, pero es exactamente el mismo proceso. La realidad es que se integran muy bien, a pesar de todo lo que se dice.

Usted también escribió en este libro sobre la deriva identitaria de la ultraderecha. ¿Cómo la describe? ¿Es más grave, a su juicio?

Es más grave, sí, y no es una deriva. La extrema derecha se caracteriza, justamente, por el inmovilismo de sus posiciones. No se trata de un proyecto que haya derivado... La característica de la deriva de izquierda es que parte de una muy buena intención, un poco como el comunismo. Los movimientos de emancipación empiezan muy bien, y pueden terminar mal. Con los de extrema derecha, empiezan siempre mal. Es el mismo tema, desde el siglo XIX, con el desarrollo del racismo: es el miedo del otro, el miedo de ser reemplazados, el odio del otro, la creencia de la existencia de las razas, el antisemitismo, etc. El rechazo de la mixidad. Y es muy impresionante: hoy en día, en Francia tenemos 30% o más de la gente lista para votar por la extrema derecha o por las ideas de la extrema derecha.



Elisabeth Roudinesco.

Recuerdo la conversación que tuvimos el año pasado, en la que usted me decía que la extrema derecha avanzaba en Francia enmascarada, sin decir que lo era...

Evidentemente avanza enmascarada, el antisemitismo y el racismo están prohibidos por la ley. Hay un artículo de la ley en Francia que prohíbe los improperios racistas, los insultos homófobos. Entonces, avanzan enmascarados. Y la característica del discurso de extrema derecha, que es aún más peligrosa, es que dicen: “No, yo no soy de extrema derecha, soy realista, tengo sentido común... Pero hay demasiados negros y árabes” <es la “coherencia” de la Cabal contestándole a Yamid que ella no es radical>. Entonces, el discurso se contorsiona por las leyes, y hay que descifrarlo. No hay nadie más racista que alguien que diga que no es racista. Alguien que no es racista no tiene necesidad de decir que no lo es.

¿Por qué cree usted que la extrema derecha ha captado tanta votación, aludiendo a identidades nacionales, religiosas?

Lo que es más grave es que las ideas de la extrema derecha han acabado captando, impregnando, a la extrema izquierda. Y eso es el drama. Por eso esta extraordinaria similitud, no simetría, no dije que era la misma cosa. Lo que es característico hoy en día es que toda la extrema izquierda tiene discursos que en el fondo son los mismos que los de la extrema derecha. Nosotros sabemos que no es el mismo origen. Pero cuando hay en la extrema izquierda actual un antiamericanismo primario, por ejemplo, como si el pueblo americano se compusiera de Trump. La izquierda soberanista se une en eso a las ideas de la extrema derecha. Y se ve mucho aquí, una forma de antiliberalismo, de soberanismo de la izquierda extrema que se parece al antiliberalismo de la derecha extrema.

¿Hay en ella variaciones?

En la derecha extrema hay varias corrientes, pero todos se encuentran en un tema, que es el racismo y el antisemitismo. Pero pueden tener corrientes diferentes: hay soberanistas, internacionalistas, hay de todo en el extremo derecho. Pero hay momentos en los que me hacen temer los discursos de la izquierda. Hay un tipo de discurso antiamericano, antiliberal. Hemos visto eso aquí durante el Covid, los antivacunas, no todos de la extrema izquierda. Pancartas, mismo de la extrema izquierda, contra los judíos... Hay un antimacronismo muy curioso, por ejemplo. Desde la izquierda lo han criticado por haber trabajado en la banca de los Rothschild... Hemos tenido una extrema izquierda que no es ni marxista, ni trotskista, ni leninista, ni comunista, sino populista identitaria, en riesgo de unirse a la tesis del identitarismo de extrema derecha, es impresionante.

Veamos lo que pasa en Europa. ¿Qué piensa del gobierno de la ultraderechista Giorgia Meloni en Italia, por ejemplo?

Pienso que es un horror. Meloni avanza enmascarada. Ella se muestra pro europea, pro americana... Pero ¿qué hace? Suprime todas las subvenciones a la cultura, ataca a la cultura. En el plano político, si se quiere, ha adoptado el liberalismo, no es una extrema derecha soberanista, pero como le digo avanza enmascarada. Es muy simpática, aire civilizado, pero toma decisiones impresionantes en el plano cultural: ha salido contra los homosexuales, contra los LGBT...

¿Y Vox en España?

Es la misma cosa, hay un resurgimiento, no termina nunca esta historia. Y si la izquierda se mantiene gauchista (izquierdista) no podrá unirse contra la derecha. Yo no estaba tan inquieta hasta el momento, porque en Francia es justamente la derecha tradicional la que ha permitido atajar a la extrema derecha. Son gaullistas, seguidores de De Gaulle. Esto ha sido encarnado por Chirac y otros. Pero lo que inquieta hoy más en Francia no es tanto la catástrofe de la izquierda, sino de esa derecha tradicional, porque hoy ha devenido absolutamente compatible con las ideas de extrema derecha. Yo encuentro que están muy cerca de Marine Le Pen.

Por último, ¿cuál cree que es la solución para la socialdemocracia?

La socialdemocracia necesita reconstruirse en torno a un verdadero ideal emancipador, en lugar de derivas soberanistas o



Homenaje

El legado de Max Horkheimer

Christoph David Piorkowski, publicado el 21 de julio 2023

El 7 de julio 1973 se apagaba Max Horkheimer, filósofo alemán cofundador de la Escuela de Fráncfort. Su obra intelectual marcó el siglo XX. ¿Podrá ayudar a aclarar el mundo actual?

¿Qué podría decirnos hoy Max Horkheimer, medio siglo después de su muerte? Ahora que la vida política se escuece lentamente hacia la derecha, y cuando la derecha se vuelve el nuevo centro, Horkheimer no se hubiera sorprendido, él que postuló que las contradicciones del liberalismo lo conducían a canibalizarse, que el orden liberal tenía tendencia a conducir tarde que temprano al fascismo.

Horkheimer experimentó directamente el paso de un orden parlamentario a una régimen autoritario, y su reflexión se articula en torno a este acontecimiento. Poco tiempo después de haberse encargado de la dirección del [Instituto de investigación social de Fráncfort](#), fundado durante la [República de Weimar](#), tuvo que huir del nazismo y exiliarse, dado que era a la vez judío y marxista. En 1933, parte para Suiza y, de ahí, embarca para New York. En la universidad de Columbia, vuelve a fundar un círculo de pensadores de [teoría crítica](#), compuesto principalmente por judíos alemanes. El regreso de Max Horkheimer y de su gran amigo [Theodor Adorno](#) (1903-1969) a la Alemania post-fascista, a la universidad de Fráncfort en 1950, marcó un renacimiento intelectual en un país desertado por todos sus mejores espíritus. De Alemania en los EE.

UU. de América, la [Escuela de Fráncfort](#), como se la llamó desde entonces, marcará duraderamente la vida intelectual del siglo XX.

Con y contra Marx

Hijo de un fabricante de lana sintética, Max Horkheimer nace en Stuttgart-Zuffenhausen en 1895. Inclinado a hacerse cargo de la dirección de la empresa paterna, se fue finalmente a Munich, Fráncfort y Friburgo a estudiar filosofía, psicología y economía. Influido por la ética de la compasión de [Schopenhauer](#), es golpeado por la miseria de los obreros y se vuelve rápidamente marxista – aunque poco ortodoxo. En tanto que profesor de filosofía social y director del Instituto de investigación social, Horkheimer se propone grandes metas: emprender un minucioso examen de la sociedad en su conjunto. Bajo la influencia de pensadores como Adorno, [Leo Löwenthal](#) o [Erich Fromm](#), la crítica de la economía política se mezcla con la filosofía de la cultura y el psicoanálisis. El grupo se esfuerza por corregir algunas de las conclusiones apresuradas del pensamiento marxiano, apuntalándolo en observaciones socio-psicológicas.

Una pregunta crucial ronda todo el tiempo a Horkheimer: ¿por qué las masas oprimidas no se rebelan contra el régimen capitalista, como Marx lo había previsto, y prefieren complacerse en la exaltación de la? ¿Por qué será que allá donde se rebelan, los conflictos de intereses de clase no crean paraísos socialistas de libertad, sino más bien nuevos aparatos burocráticos dictatoriales? Para Adorno & Horkheimer, la idea marxiana de que la miseria vivida en los talleres produce automáticamente proletarios conscientes de su clase, partidarios de la libertad y de la igualdad, tiene que ver con la miopía psicológica. Frecuentemente son las ideas de los dirigentes las que reinan en las fábricas. La visión del mundo autoritaria-jerárquica de la sociedad de clases liberal-burguesa está inscrita en el cuerpo de muchos de sus servidores. No es pues raro que las gentes aplaudan a su opresor.

De la personalidad autoritaria a la dialéctica de la razón

Como lo muestran Adorno y Horkheimer en su estudio sobre la «personalidad autoritaria», la impotencia de los individuos es compensada por el vínculo que establecen con las figuras de autoridad. El hombre de a pie es feliz de pertenecer al pueblo, se identifica con los que son fuertes, y no con los que son más débiles que él, o débiles como él. Entonces dirige su cólera reprimida de su impotencia contra los débiles. Y en lugar de criticar las condiciones socio-económicas, los males del mundo se les imputan a los eternos chivos expiatorios, en particular «al judío». El test de Horkheimer para detectar a los demagogos populistas que se aprovechan de esta situación podría haber sido redactado ayer. ¿Cuáles son sus características? Rechazo de la duda, uso de superlativos en masa, defensa de un «nosotros» contra un «ellos», identificación del tribuno y del pueblo, denuncia de sombrías potencias conspiradoras. Actualmente nos es particularmente familiar esta retórica.

En los años 1940, la tesis de Horkheimer según la cual los que se niegan a criticar el capitalismo deberían también callarse sobre el fascismo; esa tesis se mueve en una crítica cada vez más pesimista de la civilización. Bajo el sol californiano, él y Adorno formulan el diagnóstico más oscuro del pensamiento

occidental con el nombre de «*dialéctica de la razón*», [expresión que da su nombre a una preciosa obra](#). A sus ojos, los trenes que conducen a Auschwitz no están en ruptura con la civilización heredada de la Ilustración, sino que son su consecuencia lógica. El totalitarismo está codificado en las Luces, cuyo proyecto es el de una dominación de la naturaleza. Los Ilustrados pretendían reemplazar las visiones míticas del mundo; a fin de cuentas ellos «*recaen ens un mito*» que tiene la forma de un cientificismo ingenuo. El «*desencantamiento del mundo*» suscita el deseo nostálgico de un regreso a lo mítico, la racionalidad engendra como su reverso un galimatías romántico-conspiratorio-ideológico.

La razón instrumental y el mundo administrado

En 1947, uno vez terminada la *Dialéctica de la razón*, Horkheimer publica la *Crítica de la razón instrumental*. La constatación es parecida: la racionalidad fría de las Luces la ha alejado, según él, de sus pretensiones de liberar al individuo de sus cadenas. Los seres humanos y la naturaleza se han convertido en unidades calculables, medibles, gerenciabes, explotables, utilizables. El individuo se ha vuelto un funcionario; debe adaptarse al aparato con el que trabaja. Para Horkheimer, el mundo tecnolójico es una pesadilla. Denuncia así la «*extinción del espíritu en tanto que él diferiría de la razón [comprendida] como herramienta*». Sin embargo, su enfoque es suficientemente dialéctico como para reconocer igualmente los aspectos positivos de la tecnología – lo que lo distingue claramente de los anti-modernistas de derecha como [Martin Heidegger](#).

Por supuesto que Horkheimer no asistió a la última etapa del desarrollo del capitalismo, la era neoliberal de la desregulación que comenzó en los años 1980. La modernidad tardía, que aparentemente exalta la unicidad y la singularidad de cada quien, vuelve sin duda obsoletos algunos de los diagnósticos del filósofo. Sin embargo, en la era del Chat-GPT, sigue siendo pensable, y quizás más probable aún, que «*lo que antaño llamábamos la cultura pueda ser aniquilada por la tecnología*». A la hora de un «*capitalismo de vigilancia*» ([Shoshana Zuboff](#)) donde los individuos, productores cotidianos de datos entregan en las manos de gigantes tecnológicos sus secretos íntimos, se vuelven «*apéndices de la maquina*», la imagen de un «*mundo siempre más administrado*», contra el que Horkheimer ponía en guardia a sus contemporáneos no ha perdido para nada su pertinencia.

“Pesimismo teórico y optimismo práctico”

Ya de regreso a Alemania, Horkheimer y Adorno se volvieron sin quererlo figuras tutelares de los movimientos estudiantiles de izquierda radical que emergen en 1968. Contrariamente a [Herbert Marcuse](#), por ejemplo, Horkheimer se mostraba reacio a que sus ideas y formulaciones se volvieran eslóganes de moda. No buscaba traducir sus teorías a la práctica. Su crítica se «contentaba» con apuntar con el dedo a lo que iba mal; pero se cuidaba de no definir positivamente cómo sería la forma de una sociedad ideal. Cuando se las pone en práctica, las visiones utopistas nunca han conducido a otra cosa distinta a las catástrofes. Una revolución contra la República federal, democracia liberal nacida en la post-guerra, produciría algo peor que una ruptura del *statu quo*. Si Horkheimer continúa pensando que los problemas socio-económicos y las tensiones afectivas engendradas por el liberalismo pueden alimentar los movimientos fascistas,

considera sin embargo que una gran parte de la democracia liberal debe ser preservada.

La franja militante del movimiento estudiantil que leyó las obras de Adorno & Horkheimer se aleja sin embargo de él, a medida que la lucha anticapitalista radical se estructura más allá del Rin, por los alrededores de 1970. Horkheimer, que ya se había jubilado, asiste de lejos a las protestas de los estudiantes, en momentos en que la descendencia espiritual de los dos pensadores le regalan con desprecio a Theodor «Teddy» Adorno un osito de peluche. Pasa sus últimos años en el Tessin, en el corazón de los Alpes suizos, y se apaga en Nuremberg, en Alemania, el 7 de julio de 1973. Una frase que pronunció en una entrevista de 1969, en la que se mezcla el pesimismo de Arthur Schopenhauer y el optimismo de **Ernst Bloch**, podría servir de divisa a nuestro presente, expuesto a las amenazas del calentamiento global y a la derechización de la vida política: *«Debemos ser pesimistas teóricos y optimistas prácticos. Debemos temer que suceda lo peor pero no podemos de dejar de hacer lo mejor posible»*.

l'édition allemande de notre magazine, que vous pouvez [retrouver ici en version originale](#).

Traducido del alemán al francés par Octave Larmagnac-Matheron
y del francés al español por Luis Alfonso Paláu-Castaño, Envigado, co, julio 29/2023